

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA PRODUCCION AGRICOLA E INDUSTRIAL DE MEXICO

Del estudio "Consideraciones Sobre la Producción Agrícola e Industrial de México", escrito por el sabio maestro VALENTIN GAMA, publicamos en estas páginas el capítulo final que es un resumen de aquél, y que da un aspecto general y amplio del interesante problema que sirve de base a su autor para el propio estudio.

Por el Ing.

VALENTIN GAMA

DECIAMOS, al ocuparnos de la población económicamente activa, que el examen de nuestras estadísticas industriales y agrícola, nos había llevado a pensar que para resolver el problema de mejorar la condición de nuestro proletariado, o sea el de incorporarlo a la civilización poniendo a su alcance los bienes materiales y espirituales de que disfrutaban otras clases, no bastaba una reforma en la distribución de la propiedad, que era necesario llevar una porción considerable de los trabajadores del campo a las fábricas; en otros términos, que era necesario industrializarlos. Trataremos de exponer cómo hemos llegado a esa conclusión.

Desde luego nos llama la atención que los países donde el trabajador manual, tanto el agrícola como el industrial, goza de más comodidades, de más bienestar, donde, en suma, ha alcanzado más alto nivel de vida, son aquellos donde la industria está más desarrollada, donde es menor la relación del número de campesinos al de obreros.

Por otra parte, es necesario para que mejore la condición del trabajador del campo, que trabaje más y mejor, que cultive más tierras de las que ahora cultiva y las cultive mejor. Ahora bien, supongamos que se aumentara el rendimiento del trabajador y el de la tierra hasta ser comparable al de otros países: una de las consecuencias inmediatas de esto sería que produciríamos varias veces lo que ahora se produce, y entonces surgiría el problema de encontrar mercado para el resto, ¿lo encontraríamos? Lo que ha pasado y pasa en otros países, en Estados Unidos, por ejemplo, nos inclina a pensar que no.

La falta de mercado para los productos agrícolas ha sido una de las causas determinantes de la crisis que afecta a los Estados Unidos, hace algunos años. Debido a eso los agricultores y negociantes en productos agrícolas, resolvieron más de una vez destruir cantidades considerables de artículos de esa clase, quemándolos o echándolos al mar. La prensa de información ha hablado de eso más de

una vez; en el número del 5 de mayo de 1935, de "Excelsior", se lee que en 1934 se habían destruido un millón de furgones de carros de trigo, 50 millones de libras de carne, otras tantas de arroz, 516 millones de libras de azúcar y 267,000 furgones de café.

Que la superproducción agrícola es cosa que ha preocupado al gobierno, a los hombres de negocios, a los agricultores y economistas americanos, lo demuestran algunas de las medidas que se han propuesto y las que se han llevado a la práctica para combatir la crisis. Entre las primeras figuraba la siguiente: abandonar 16 millones de hectáreas de tierras cultivables de buena clase o 40 de las más pobres. No parece que se haya llegado a ese extremo, pero que se consideraba indispensable restringir la producción, lo prueba el contrato que a mediados de 1934 celebró el gobierno americano con los agricultores y ganaderos, por el cual los primeros se comprometían a limitar en un 20% la superficie de cultivo, y los últimos en un 25% la cría de ganado porcino.

Todo esto nos inclina a pensar que es muy poco probable que encontrásemos mercado para una producción varias veces mayor que la actual, y que no nos queda otro camino que industrializarnos.

Meditando sobre eso nos vino la idea de que lo que se hace en Rusia, de algunos años acá, obedece a que los que manejan allá la cosa pública han comprendido que no hay otro camino que el indicado para mejorar la condición del pueblo; que no era bastante dar las tierras a los campesinos, poner a trabajar a los obreros en las fábricas existentes y distribuir lo producido y por su naturaleza misma destinado al uso y al consumo, de tal suerte que todos los que estuviesen en condición de trabajar y trabajasen—en cualquiera clase de trabajos, como agricultores o como obreros, como soldados, como empleados públicos, como técnicos, como maestros de escuela, etc.—, pudiesen disfrutar ellos y sus familiares de las mismas comodida-

des; era absolutamente indispensable industrializar al país.

Es difícil saber, a ciencia cierta, lo que pasa en Rusia, en particular formarse idea de cómo se vive, de las comodidades que disfrutan, sobre las privaciones que sufren la mayoría de sus habitantes y acaso todavía es más difícil saber lo que la mayoría piensa de la situación, cuál es el estado de alma en que viven los que desempeñan diferentes funciones. Los informes de personas de muy diferente estado y condición y de modo de pensar y sentir muy diferente, de periodistas, de políticos de profesión, de líderes de agrupaciones obreras, de escritores, etc., que han ido allá animados, sin duda, de propósitos muy diferentes, difieren radicalmente unos de otros. (1)

Pasamos por alto sobre lo que se dice de la dureza rayana en crueldad con que se procede con los enemigos del régimen soviético, y sólo nos ocuparemos de lo que se dice sobre la situación económica.

No sólo los adversarios del comunismo hablan del hambre que hubo en 1933; el número de víctimas se dice que ascendió a varios millones. (2) Una escritora americana que vivió en Rusia, donde publicaba un semanario y que si no se declara abiertamente comunista, no se muestra tampoco francamente adversa a ese sistema, pues que dice en una obra suya que el mundo va camino al comunismo, que comunismo y libertad son sinónimos, habla de la estricta censura declarada por el Soviet con motivo del hambre de 1933, y opina que las amplias miras del comunismo justifican esas medidas. Debo advertir que, de lo que dicen otras publicaciones que han llegado a mis manos, se colige que el hambre de 1933 no fue general en toda la U. R. S. S., que se sintió únicamente en la Ucrania, de donde, por orden del gobierno, se sacaron prematuramente grandes cantidades de productos agrícolas.

Otros escritores, adeptos al comunismo, afirman que lo que se dice sobre las privaciones a que está sujeto el pueblo ruso no son más que difamaciones, calumnias, y propaganda maliciosa de los enemigos del régimen que se ha implantado allá. El Lic. V. M. Villaseñor, en un artículo publicado en "El Universal", cita los informes de corresponsales de periódicos que no son considerados como adeptos al comunismo y las opiniones de escritores que él considera de criterio burgués, sobre lo que pasaba en Rusia en 1933. He aquí un resumen de lo que se lee en dicho artículo.

(1) Eso no debe extrañarnos, hemos visto que personas que han ido a Tabasco han dicho cosas muy diferentes sobre lo que allí pasaba.

(2) "El Universal" del 4 de enero de 1936.

Un corresponsal del "New York Times" en Berlín, dice que un profesor de la Universidad de Texas que recorrió la Ucrania, aseguraba que no encontró población cubierta de cuerpos de gentes hambrientas ni oyó hablar de eso en ninguna parte; que otro corresponsal del mismo periódico que había pasado varios días en Kiew, cuando se aseguraba que la gente moría allí de hambre, y que no vió en la ciudad ni en los alrededores nada de eso, que había alimentos en abundancia en los mercados y los campesinos se mostraban contentos. Por otra parte, un profesor de la Universidad de Yale, escribía en 1934, que las versiones de la prensa hostil al Soviet sobre la crisis agraria, se apoyaban únicamente en el hecho de que el gobierno no había publicado estadísticas de las cosechas, pero que, como resultado de la campaña emprendida por el gobierno, se había obtenido la mayor cosecha de productos alimenticios que se registra en la historia de Rusia.

Ante esas diferencias entre los informes sobre lo que pasa en Rusia, quienes ven las cosas con serenidad, sin prejuicios y no creen que en asuntos tan complicados como los sociales sea posible prever con seguridad las consecuencias de ciertos movimientos de las colectividades, basándose en principios generales, en las leyes que se supone rigen las sociedades y los individuos, tienen que sentirse un tanto desconcertados y poco inclinados a emitir juicios definitivos. No nos extrañaría que revoluciones como la rusa y dadas las condiciones internas y externas que prevalecían en Rusia cuando aquella estalló, hubiesen causado privaciones, dolores no sólo a las clases sociales a las que se privó de los privilegios y ventajas de las que disfrutaban bajo el régimen abolido, sino a la gran masa del pueblo y que las siguen causando.

Pero sea de eso lo que fuere hay algo que parece incontrovertible y acerca de lo cual los informes de origen muy diferente son concordantes, y es lo siguiente: la dictadura rusa está haciendo grandes esfuerzos por industrializar a la U. R. S. S. Rusia se ha arrojado franca y resueltamente en brazos del maquinismo; es el "gran Estado maquinista", dice un culto industrial mexicano, don Jesús Rivera Quijano.

"Será eso—dice el aludido industrial—un maquinismo rudo y cruel, manejado por el Estado, pero el hecho es que se ha proyectado y emprendido la construcción de grandes instalaciones industriales, en las que se han invertido sumas enormes". Para dar idea del impulso que el gobierno ruso está dando a la industria y del nivel a que se propone elevarla, citaremos algunos de los contratos que ha celebrado con empresas norteamericanas: para la construcción de una planta eléctrica en Ucrania, con un costo de 100 millones de dó-

lares; para planear una fábrica de tractores, que producirá 40,000 al año; para diseñar fundiciones de acero con un costo de más de 1,000 millones; para la instalación de nuevas minas de carbón, reconstrucción de las viejas, e instalación de tipos modernos.

Y que el gobierno ruso persevera en su propósito, lo muestra el hecho de que en el último presupuesto del gobierno figura una partida de \$6,500,000,000 para maquinaria, factorías y construcciones. (1) Vamos a referirnos por último, a una medida que hace poco tiempo tomó la U. R. S. S., y que no dejó de causar alarma en el mundo: el dumping. No estamos seguros de que el objeto, o por lo menos uno de los objetos que se perseguía al malbaratar una cantidad considerable de productos agrícolas, que no es remoto que hiciera falta para la satisfacción de necesidades más o menos apremiantes, fuese arbitrarise recursos para realizar el propósito de maquinizar el país; pero sea de eso lo que fuere, nosotros vemos en ese hecho un argumento en favor de nuestra tesis de que si se lograra que nuestra población agrícola activa trabajase más y mejor, no sería remoto que no encontrásemos mercado para lo producido, lo que, a su vez, traería consigo esto otro: para elevar el nivel de vida de la parte más numerosa de nuestro proletariado y para que una fracción considerable de la población rural activa deje el campo para dedicarse a la industria, es necesario hacer lo que Rusia trata de hacer a toda costa: maquinizarse; porque no puede esperarse que se consiguiera ese propósito fomentando la pequeña industria; el campo de ésta es muy limitado, cada día más, y empleando una frase muy expresiva del celebrado escritor español Larra, puede decirse que los oficios, con contadas excepciones, han llegado a ser modos de vivir que no dan de vivir.

No creemos que ese empeño indiscutible del gobierno soviético de industrializar la U. R. S. S., sea incompatible con el hecho de que el pueblo ruso no esté en un lecho de rosas, que está sujeto a privaciones, que no sólo no vive como el proletariado de los grandes países industriales que continúan bajo el régimen individualista, sino que no vive mejor que antes de la revolución. No debe sorprender que pase a los pueblos, a las naciones, lo que acontece en particular a los individuos; no habrá quienes no hayan tenido ocasión de conocer a personas que de la pobreza se han elevado a ser comerciantes, hombres de negocios o industriales acomodados y aun acaudalados, y que no lo deben a contingencias imprevisibles, a sucesos fortuitos favorables, a lo que en el lenguaje corriente se

llama la buena suerte o la fortuna, sino a su perseverancia en el trabajo, a su inteligencia y al ahorro, a que no gastaban, no digamos en superfluidades ni en comodidades que se proporcionan gentes que viven modestamente, todo lo que ganaban en los comienzos de sus empresas, sino a que satisfechas sus más urgentes necesidades invertían el resto de sus ganancias en ensanchar sus negocios. Y hay que ver que ahorro significa privaciones. No nos extrañaría que algo semejante pase en Rusia; que se esté imponiendo a la generación actual sacrificios o por lo menos privaciones con la esperanza de que si ella no logra disfrutar los resultados de los mismos, sí los disfrutarán las venideras. Acaso los dictadores de Rusia no buscan precisamente el aplauso y la gratitud de sus contemporáneos, sino los de la posteridad.

* * *

Sobre cuál sea el camino para realizar la industrialización y elevar el nivel de producción, presumo que es un punto sobre el cual la opinión está muy dividida, aun entre los que convienen en que eso es necesario para elevar el nivel de vida de todo el proletariado. No faltará quienes opinen que las dos cosas sólo pueden realizarse bajo un régimen socialista; que bajo el régimen individualista se conseguirá sólo lo primero, mas no lo segundo. Otros al contrario, de acuerdo con algunos sociólogos, G. le Bon entre ellos, dirán que es imposible que las dos cosas se consigan implantando el socialismo, porque todos los sistemas socialistas chocan con obstáculos nacidos de la estructura psicológica del hombre y de las necesidades económicas modernas.

Aun entre los que no son partidarios de las fórmulas demasiado rígidas, o mejor dicho, absolutistas, porque creen que dada la complicación de los fenómenos sociales se corre el peligro de errar cuando se trata de encerrar en fórmulas muy sencillas las uniformidades que se han observado en la marcha de esos fenómenos, habrá quienes sostengan, basándose precisamente en el principio conforme al cual el valor de las instituciones y de las leyes es relativo al tiempo y al lugar, que aun no ha llegado para nosotros el momento de implantar un régimen socialista, porque el capitalismo aun no ha realizado aquí las maravillas, que según dice Marx en el Manifiesto Comunista, había realizado la burguesía bajo ese régimen y que ya no realizaba por lo cual tenía que morir—Marx se refería a los países ya muy industrializados—; que por esa razón lo mejor es industrializarse bajo un régimen capitalista y que una vez que bajo ese régimen se haya elevado el nivel de la producción habrá lugar a pensar en el socialismo. Seguramente hay muchos entre los que así opinan que crean que en los

(1) Tomamos esa noticia del número del 25 de enero de 1936, del periódico americano "The News Week".

países ya industrializados como los E.E. UU. por ejemplo, que producen mucho al grado de que se han visto obligados a veces a destruir parte de lo producido por no encontrar mercado para ello, el problema de elevar el nivel de vida del trabajador manual sí se resolvería con un sistema de distribución en el que le tocara una porción de la riqueza producida por su trabajo mucho mayor de la que ahora le toca.

Por último, no faltan quienes convengan en que por el camino indicado se llegaría al fin que se persigue, pero que sería mejor establecer desde luego un régimen socialista, hacer lo que ha hecho Rusia: socializar los medios de producción y la tierra aún cuando no nos ajustemos al pie de la letra a los diferentes sistemas que allá se han puesto en práctica para distribuir lo producido.

No nos proponemos tratar aquí este punto, nos limitaremos únicamente a decir, refiriéndonos a la primera de las opiniones exclusivistas, que los hechos no la confirman. Que es innegable que la condición del proletariado en las naciones muy industrializadas es mejor que la del nuestro, y que así lo piensa buena parte de nuestros trabajadores, entre los que probablemente figuran muchos de los mejores, de los más enérgicos y activos, y penetrados de la ambición que mueve a un trabajo intenso, lo muestra la gran emigración de los mismos a los Estados Unidos cuando éstos no habían cerrado aún las puertas a la emigración extranjera. Es cosa sobre la que debemos pensar: la emigración de los proletarios de un país en el que se hacen ensayos, o mejor diremos escarceos socialistas, al país capitalista por excelencia.

El punto sobre el cual sí queremos llamar la atención, es el siguiente: no vamos en camino de industrializarnos aquí en México. Es cosa que a nadie pasa inadvertido que el ahorro de los mexicanos se está amortizando. No se emplean las ganancias que se obtienen en el comercio, en las minas, en negocios con la administración pública, ni las económicas de los empleados públicos y particulares, no digamos ya en instalaciones industriales, en factorías, en una palabra, en el fomento de nuestra raquítica industria, pero ni siquiera rudimentariamente. Los nuevos ricos sólo por excepción invierten sus fortunas, no siempre bien habidas, en la industria y en la agricultura. Con frecuencia se ha hablado de que hay en los Bancos sumas considerables inmovilizadas porque nadie piensa en establecer nuevas industrias o en desarrollar las existentes; y a eso hay que agregar que muchas personas no depositan sus ahorros en los Bancos por temor de algún cambio en el sistema monetario que los perjudique. Nunca nos hemos distinguido los mexicanos por nuestra iniciativa para emprender negocios industriales; las indus-

trias no nos han atraído, y hoy menos que nunca. Hay un hecho que pone de relieve la amortización de las economías de los mexicanos y ante el cual nos vemos tentados a decir que la riqueza que no se consume ni se derrocha en superfluidades o en una vida fastuosa o disipada, se está enterrando: ese hecho es el crecimiento de la ciudad de México y de algunas otras. La productibilidad de las fincas urbanas casi nunca ha guardado relación con su precio, sobre todo la de las residencias suntuosas; no obstante eso, la compra y construcción de casas es la inversión preferida, casi la única que atrae al ahorro; y es que se la considera no sólo como la más cómoda, sino también como la que ofrece menos peligros.

Y hay que agregar que no sólo se gasta en construcciones nuevas, sino que se derriban muchas de las viejas que ya no son del gusto de las gentes, para construir en su lugar otras a la moda.

A nuestro modo de ver, la causa de todas esas cosas que nos parecen lamentables es que se ha dejado en paz a la riqueza inactiva, a la que se gasta estérilmente o se derrocha de tal modo que nada bueno trae ni a sus propios dueños, y en cambio se hostiliza a la riqueza activa, a la que se emplea en producir. Por otra parte, la tendencia a invertir en fincas urbanas, determinada por la hostilidad a la riqueza activa, ha favorecido a los propietarios de terrenos suburbanos, dándoles oportunidad para fraccionarlos y obtener ganancias no debidas al trabajo y al esfuerzo propio. Y esto no puede menos de extrañar cuando se consideran las cargas que se han impuesto a otras clases, a otros propietarios que hacen de su propiedad un uso que aporta algún beneficio a la sociedad.

Otra cosa que nos parece desconcertante, y ante la cual no podemos dejar de pensar en los esfuerzos de Stalin y los suyos para industrializar a Rusia, es ese programa de embellecimiento de la Ciudad de México; no comprendemos eso de que un país pobre en el que urge acelerar el ritmo del desenvolvimiento industrial, sin el cual no podría llevarse a cabo uno de los puntos del programa del gobierno a que se da más importancia, se gaste parte del producto de los impuestos que gravitan sobre el pueblo y parte de las economías y reservas de los propietarios de fincas urbanas, en embellecer la ciudad. Nos hace pensar eso en aquellos mundanos que preocupados en ostentar el porte de los ricos, no siéndolo, se privan de cosas que piden la higiene y la salud del cuerpo, y a los que se designa con un término un tanto despectivo.

Creemos, en conclusión, que cualquiera que sea el sistema de organización social que se implante para mejorar de manera apreciable la condición de la gran masa de nuestro proletariado, es indispensable trabajar con energía, con inteligencia y

con los implementos de trabajo que la ciencia y la industria han puesto al alcance del hombre. Nos haría un inapreciable servicio quien lograra infundir a los mexicanos de todas las clases y condiciones lo que el eminente político y orador español, Cánovas del Castillo, deseaba, a su vez, hace muchos años, infundir a sus conciudadanos: el propósito firme, decidido, de trabajar, ahorrar y economizar. Ahorrar y economizar, añadiríamos nosotros; no para consumir después estérilmente la riqueza adquirida, lo ahorrado, sino para adquirir los implementos de trabajo para maquinizarnos, a fin de obtener el mayor fruto posible del trabajo.

Ahorrar y trabajar; es de la economía, del ahorro y del trabajo intenso e inteligente aplicado a los útiles e instrumentos de producción, que por esos medios se adquieran, de lo que debemos esperar la elevación de nivel de vida de todas las clases, del proletariado en particular; mientras eso no se haga, poco hay que esperar de las leyes, de la implantación de los sistemas sociales ideados por los teorizantes, de algunas de las medidas que se han tomado y de otras que se han propuesto, y aun corremos el riesgo de que no sólo no conduzcan a nada bueno sino que resulten contraproducentes. Citaremos una de las que estén en ese caso: el impulso que se ha dado y sigue dándose a la enseñanza técnica, en la que vemos un ejemplo de que se espera de las escuelas más de lo que pueden dar. Tal parece que se cree que nos faltan técnicos, y no hay tal cosa; lo que nos hace falta son establecimientos industriales en qué ocupar a muchos de los que ya tenemos; mientras la industria no se desarrolle, las novísimas escuelas técnicas, las de reciente creación, y aun algunas de las viejas escuelas profesionales seguirán siendo almacigos de burócratas; agravarán los males que origina esa tendencia de nuestra clase media a vivir de empleos públicos, y darán ocasión a que jóvenes que podrían ser buenos obreros se conviertan en parásitos burgueses. Y a lo dicho hay que agregar que las nuevas escuelas tienen el incentivo de las carreras cortas: se espera obtener en ellas en poco tiempo un título que no abrirá a los que lo posean, las factorías, las fábricas, pero sí las oficinas públicas.

Pero dejamos este punto del que en otras ocasiones nos hemos ocupado para fijarnos en otro sobre el que creemos oportuno llamar la atención en los tiempos que corren. Oímos decir a cada paso a los socialistas—tanto a los teorizantes como a los de acción—que el socialismo es la socialización de los medios de producción. Ahora bien, lo que todos los sistemas socialistas persiguen, lo mismo los calificados de utópicos que de científicos, es una distribución de la riqueza producida, diferente de la actual, en la que toque a los traba-

jadores, en particular al trabajador manual, una parte de esa riqueza mejor de la que ahora le toca.

Un escritor reputado y muy leído, Bertrand Russel, dice refiriéndose a los males que en opinión de los socialistas afligen a las naciones capitalistas, lo siguiente: “Los socialistas ven el remedio en que el Estado sea el propietario de la tierra y el capital, combinado con un sistema de distribución más justo. No se puede negar que nuestro sistema de distribución presente es indefendible desde todos los puntos de vista, incluso el de la justicia”. En nuestro concepto, no se da una idea precisa y cabal de las cosas diciendo que el socialismo persigue un sistema de distribución más justo; en nuestro concepto lo que todos los sistemas socialistas persiguen es como atrás decíamos, que se distribuya lo producido por los trabajadores de todas las clases, de tal suerte que todos puedan disfrutar de las mismas comodidades; o de otro modo: poner a todos los trabajadores en condiciones de que puedan disfrutar los bienes materiales y espirituales que hoy sólo están al alcance de ciertas clases, en la medida—se entiende—que lo permitan las condiciones, las facultades fisiológicas y psicológicas de cada uno. En nuestra opinión, esto es lo que hay en el fondo de la teoría de la plusvalía marxista; según esa teoría, el obrero produce mucho más de lo que recibe por su trabajo, y el exceso del valor de lo producido sobre lo recibido por aquél, lo disfruta el capitalista. Y así opina un escritor de renombre, Walther Rathenau: según él, todo el edificio doctrinal del socialismo ortodoxo descansa sobre la teoría de la plusvalía; hay que ver en ella uno de los medios que se ha tratado de aplicar para que acaben para el obrero la vida sin alegrías, el trabajo agobiador, la brutalidad de los de arriba, su lujo provocador; esperan los socialistas, dice el escritor aludido, que esos males acabarán cuando se distribuya con justicia la plusvalía entre todos los ciudadanos, que con eso en pocos años desaparecerá toda miseria y todos llevarán una vida acomodada.

Un argumento decisivo en pro de lo expuesto es el siguiente: la socialización de la tierra y de los medios de producción se realizó hace muchos años en el Perú, en el Imperio Inca, pero seguramente que los socialistas marxistas no aceptarían la fórmula que para la repartición de lo producido regía en aquel país, sujeto a un gobierno teológico y aristocrático en el que los nobles y los sacerdotes disfrutaban de bienes que no se concedían al trabajador manual.

Que para realizar el fin último del socialismo sea necesario socializar los elementos de producción, es cosa sobre la cual están de acuerdo todos los partidarios del socialismo marxistas, pero no pasa lo mismo sobre este otro que es fundamental:

la fórmula de distribución que debe adoptarse. Pero dentro del objeto del presente estudio no cabe ocuparse de esta cuestión. (1)

Los puntos sobre los cuales vamos a insistir, son los siguientes:

a) Llamaremos primero la atención sobre que eso de entregar las fábricas a los obreros—cosa de la que tanto se habla—no está de acuerdo con los principios fundamentales del socialismo científico, o sea el de Marx. Lo que se produce en una fábrica no es obra únicamente de los obreros de la misma, sino también de los que fabricaron los instrumentos empleados, de los que trabajaron en la instalación de los mismos, de los que construyeron los edificios, etc., y no hay razón para que el trabajo de todos esos obreros lo aprovechen únicamente los trabajadores de la fábrica; debe aprovechar a la colectividad.

b) Dijimos alguna vez que en un país pobre bajo un régimen socialista todos vivirían como pobres. Que no sería posible que un país donde se produzca lo que en México se produce, el nivel medio de vida de los trabajadores de todas las clases sea comparable al de algunos trabajadores de las grandes industrias, lo demuestran los valores de nuestra producción industrial y agrícola. De

(1) Según CH. Gide, las fórmulas de repartición que se han propuesto se reducen a las siguientes: Partes iguales a todos. A cada uno según sus necesidades. A cada uno según sus implementos. A cada uno según su trabajo. V. Pareto califica a las tres últimas de subjetivas y son para él vagas, nebulosas, poco inteligibles. Sin duda que esas fórmulas no conducen a reglas precisas para repartición. La razón de eso es que no se pueden establecer relaciones bien determinadas entre cosas mensurables, como son los productos del trabajo, con otras que, por su naturaleza misma, no lo son, como las necesidades, los méritos y el trabajo. Sin embargo, los partidarios de la última fórmula de distribución—que si mal no recordamos es la que Marx acepta—, proponen que se mida el trabajo por el número de horas.

los datos consignados en los cuadros relativos, resulta que el valor total aprovechable de toda nuestra producción es bastante menor de \$1,680,000,000—hay que tener en cuenta en efecto que esta suma se formó con los valores en bruto de la producción minera y petrolera, pues no se tiene el valor neto de esa producción; ahora bien, como la población activa es de 5.250,000, sin contar los empleados en transportes, resulta que el valor medio de lo aprovechable por trabajador es de 320 pesos. Esto nos dice que bajo un régimen de distribución uniforme de lo producido—que es la característica del socialismo—la única clase social que mejoraría de condición sería la muy numerosa de los campesinos, y acaso la de algunos trabajadores de pequeñas industrias. En cambio bajaría el nivel de vida de las clases siguientes: rentistas, burócratas, empresarios de grandes industrias, trabajadores en las grandes industrias extractivas y transformadoras. Y no consideramos a los empleados y trabajadores de toda clase en transportes, porque muchos de ellos, los que trabajan en algunas empresas ferrocarrileras y de tranvías, constituyen una clase de trabajadores tan favorecida como buena parte de los burócratas. Hemos insistido sobre esto porque tal parece que se cree que bajo un régimen socialista todos podríamos vivir, si no como ricos, por lo menos como burgueses de la clase media.

Y, no nos cansaremos de repetirlo, son condiciones necesarias para mejorar, el trabajo y el ahorro, y ahorro significa privaciones, sacrificio, renunciación a bienes presentes con la esperanza de que si no los mismos que se imponen privaciones disfruten de mayor bienestar en el porvenir, sí lo disfrutarán los que vengan tras ellos.

SALVADOR DIAZ MIRON

(1 8 5 3 - 1 9 2 8)

Publicamos, a título de anticipación, el capítulo "Salvador Díaz Mirón", del libro "Horacio en México" que, como contribución al segundo milenario del poeta latino, ha escrito el señor GABRIEL MENDEZ PLANCARTE. Este libro y el del señor Octaviano Valdés "Horacio Moderno", ya se encuentran en prensa en esta Editorial.

Por

GABRIEL MENDEZ PLANCARTE

"ARTISTA del Renacimiento": tempestuoso en la vida, paciente y exquisito en el arte. Breve y fúlgida como un diamante, su obra.

Injusto consigo, repudia sus poemas anteriores—que ya le habían valido renombre continen-

tal—y reconoce por hijo único a "Lascas", uno de los libros más perfectos y homogéneos que han brotado de pluma mexicana. ¿Perfecto? Si obra de mortal merece tal adjetivo, merécelo sin duda la de Díaz Mirón. ¡Lástima que el poeta